

# MI RADIO

**H**ace algo más de un año me compré un coche nuevo. El primer coche nuevo que tengo desde hace... bueno, nunca había tenido un coche nuevo antes. De hecho, creo que nunca había conducido un coche nuevo en mi vida.

Mi experiencia con los coches, de los que ya he tenido varios, me ha demostrado lo desafortunadas que son las metáforas de coches para hablar de software. Porque ¿qué era mi viejo Fiat Tipo, sin dirección asistida ni aire acondicionado, que había estado en dos accidentes casi catastróficos y que se estaba cayendo a pedazos? ¿MS-DOS? ¿Convertía eso a mi nuevo coche, compacto, fiable, económico y adecuadamente equipado en GNU/Linux? No podía ser: por mucho que me gustara mi nuevo coche, sus prestaciones y ventajas no llegaban ni de lejos a las que ofrece GNU/Linux para el usuario comparativamente hablando.

Aunque, eso sí, traía un iPod. De hecho lo utilicé durante un periodo como fuente de música: lo conectabas en un dock escondido en el reposabrazos y podías acceder a tus canciones desde el reproductor de MP3 del salpicadero, pero pronto me cansé de los mismos temas que tenía en él y me cansé aún más de tener que hacer malabarismos para grabar nueva música en ese estúpido y perversamente concebido cacharro.

Lo regalé.

Como también soy demasiado vago para molestarme en grabar un CD con nuevos temas (de los que también me cansaré), me quedaba la radio como fuente de entretenimiento. Nunca había tenido radio en mi coche, o al menos nunca había tenido una radio que funcionara consistentemente, y tampoco la había escuchado fuera del coche, al menos desde que dejé de ser adolescente, por lo que penetré en territorio totalmente desconocido para mí.

Pronto me aburrí de las emisoras convencionales con sus nada ocultas agendas. Sus interminables y estériles debates políticos, sin gracia, sin chispa, sin inventiva, me acabaron sonando a las discusiones a gritos que mantienen cierto tipo de personas que, acodadas en la barra de un bar, emiten oraciones que empiezan invariablemente con la inmortales palabras “Lo que el gobierno debería hacer...”.

Las emisoras de música resultaron igualmente decepcionantes: entre las que sólo trafican con productos que les dictan las discográficas (¿y qué le pasa en la voz a la chica es de Nena Daconte? ¿Siempre lleva un subidón de helio o qué?) y las que ponen música “de baile”, sólo me quedaba Radio Clásica. Pero a la larga, tanta cultura también satura.

Después estuve un tiempo escuchando a Radio María. De alguna manera, su falta de pretensiones con sus absurdos razonamientos circulares que no se molestaban en renovar ni corregir, las artificiosas interpretaciones que hacían de unos textos contradictorios escritos por belicosos cabreros de la edad de bronce y las interminables y enrevesadas plegarias que acababan sonando a monótonas recitaciones drúidicas, me sosegaban mientras conducía.

Pero también me harté.

Y acabé recalando en Talk Radio Europa, una radio montada por y para los *ex-pats*, sobre todo británicos, de la Costa del Sol. Su preocupación por si iban a cerrar los chiringuitos, el cambio climático, (que podría afectar a su jubilación en la playa y en los campos de golf), la incertidumbre de sus pensiones con la crisis y el nada claro status legal de sus casas en áreas del PGOU, me resulta enternecedor. Por las noches, en el programa de parapsicología de Steve Gilmour, un

Nos sentimos orgullosos de nuestros orígenes como publicación, que se remonta a los primeros días de la revolución Linux. Nuestra revista hermana, la publicación alemana Linux Magazine, fundada en 1994, fue la primera revista dedicada a Linux en Europa. Desde aquellas tempranas fechas hasta hoy, nuestra red y experiencia han crecido y se han expandido a la par que la comunidad Linux a lo ancho y largo del mundo. Como lector de Linux Magazine, te unes a una red de información dedicada a la distribución del conocimiento y experiencia técnica. No nos limitamos a informar sobre el movimiento Linux y de Software Libre, sino que somos parte integral de él.



ex-portero/gorila de los clubs nocturnos de Glasgow, se abarca desde los ángeles de la guarda hasta la teoría conspiranoica de los chips de control mental de la CIA que nos implantan con las vacunas de la gripe A. Todos los temas, por desquiciados que parezcan, los creen el crédulo Gilmour y su público a pies juntillas.

Es perfectamente coherente: los espías, ex-electricistas, ex-jardineros y ex-administrativos jubilados que pueblan la Costa del Sol, Costa Almería y Costa Blanca, territorio que abarca la emisora, deben estar tan confundidos por el estado del mundo como yo. Y achacan a una mano negra sobrenatural que su villa construida en suelo rústico esté en peligro de ser derruida y que su pareja haya contraído cáncer en lo que debería ser sus años dorados. Acaban buscando consuelo en un mundo de fantasía donde la ayuda viene de la meditación o la mano de un ser querido ya fallecido.

Y enterrado en lo anterior, en alguna parte, hay una metáfora sobre el software, los sistemas operativos y las distintas maneras de concebir el conocimiento, mucho mejor que la de los coches, esperando a ser descubierta.

O no. ■

Paul C. Brown  
Director